

## PÁGINA AMENA



La silueta.—¡Oh, Dios mío, qué desgracia, mi abuelita era negra!



La gallina escéptica.—No creo que exista una gallina capaz de empujar este huevo; debe ser un bluff.



—No puedo conseguir que este alumno toque por música.  
—Entonces, ¿por qué no le hace tocar de oído?



Eugenio.—¿Cree usted en la hereñez?



Franz en perspectiva.—Después de vos...



El pájaro.—Pocas veces he visto una comida mejor servida.



—¿Qué clase de pan quieres para comer tu dulce; moreno o blanco?  
—El que tenga más huecos.



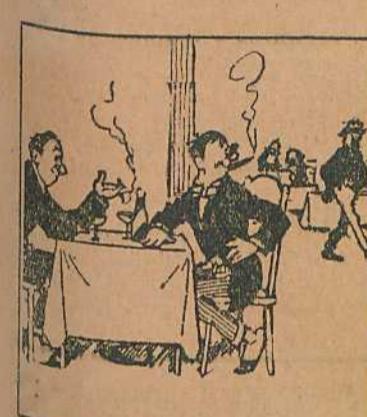
—Puede darme algo, señor?  
—Pero no ve que no puedo meterme las manos en los bolsillos?  
—Eso no es nada; si usted no puede, yo sí.



—¿Cómo encontró tu hermanita el anillo de compromiso que le di?  
—Muy molesto; como es un poco estúpido le encanta trabajar sacario del dedo cuando vienen algunos mozos de visita.



—No me gustaría vivir ahora en Venecia.  
—¿Por qué?  
—Uno podría encontrar un submarrino a la vuelta de cada esquina.



—Aquel hombre ha hecho cien mil pesos en un año y vive con grandes privaciones.

—¿Es un avaro?

—No, un obrero de la Caja de Conversión.



—¿Cómo estás tan mojado?  
—He salvado la vida a dos novios.  
—¿Cómo ha sido?  
—Pues venían tan distraídos que no hubiesen visto el río si yo no me hubiera caído antes que ellos.



—¿Qué mal tabaco fuma ese hombre! Tiene olor a paño quemado.



—¿Sabes cómo conseguí que mi esposa no me regale más cigarrillos maños?  
—¿Cómo?  
—Fumándolos cuando ella estaba presente.



—En la nueva comedia tengo un papel muy pesado.  
—¿Cuál es?  
—El del sirviente que tiene que sostener a la señora gorda cuando ésta se desmaya en el segundo acto.



La primera actriz.—...y una mañana me desperté y ya era famosa. La cara crística.—Pues a mí me sucedió todo lo contrario; era famosa y me desperté.



El médico.—¿Cuál de ustedes dos es el que ha esperado más tiempo?  
El cobrador.—Yo, señor; aquí traigo la cuenta del sastre.  
—Sí.  
—Pues bien, no tengo indigestión.



—Tú me dijiste que si me comía las tortas que había en la despensa, tendría una indigestión, ¿no?  
—Sí.  
—Pues bien, no tengo indigestión.



—No entres en esa caverna, hijo mío; todos los que han entrado en ella han perecido ahogados.



—¿Tiene buenos cigarrillos?  
—Excelentísimos, señor.  
—Entonces usted me ha engañado. Yo soy el proveedor a quien usted escribió diciéndole que los cigarrillos eran pésimos. Buenas tardes.



—Tiene cambio de cinco pesos?  
—Sí, ¿por qué quieres que te lo cambies?  
—Porque este billete es falso.



—Papá, ¿cómo se llama el que cura a los animales?  
—Veterinario, hijo mío.  
—Y el que cura los jamones y las boquillas, ¿cómo se llama?



—Ya sabes que no me gusta que te entregues a los juegos de azar. Apostaría cualquier cosa que hace dos horas que me estás desobedeciendo.  
—Apostado.



—Mamá ha salido y se ha olvidado de dejar la plata del alquiler.  
—¿Cómo sabes que se ha olvidado?  
—Porque ella misma me lo ha dicho.



—Nunca dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.  
—Entonces, ¿por qué no me dejas comer el budín que hiciste hoy?